

Marcha, 28 de marzo de 1947

## Una definición del uruguayo

Muchas veces me preguntaban como era el Uruguay. Yo daba versiones sintéticas y panorámicas. El Uruguay es chiquito, planito, verdecito, suavecito. Uno le pasa la mano por arriba y parece terciopelo. Y tiene playas y vacas y ovejas. Y tiene además, mejorando lo presente, las mujeres más lindas de América.

Los uruguayos son cordiales, buenos amigos gentiles – no hay más que un par de degüellos pasionales por día y una patota por noche-. Y además tenemos una democracia fenómeno y aspiramos a establecer un Colegiado Integral.

Esto del Colegiado era lo que más les costaba entender.

Para explicar el carácter de los “uruguayos” respondiendo a preguntas, apelaba a cuentos y anécdotas ilustrativas.

Y tan linda me salía la versión que la conclusión final de los preguntones era, invariablemente, ésta:

- Yo me voy para Uruguay. Quiero conocer a los uruguayos.

Pero, como dijo uno una vez, ¿para qué amolar tanto con la inmigración si con los que tenemos ya alcanza y hasta estamos sobrando? Por eso yo trataba de atenuar los entusiasmos, recurriendo a la filosofía de un viejo que conocí de pequeño. El viejo este empezaba así, cuando se ponía en tren de filosofar:

- Todos tenemos nuestros defectos buenos y nuestros defectos malos...- Y por ahí seguía. Yo entonces trataba de mostrar alguno de nuestros defectos malos. Para ello recurría a la oficialización de la lotería, la quiniela, los caballitos, la ruleta, etcétera, rematando con este cuento, que una vez me enseñaron:

Por no sé que buena obra que lo merecía, nuestro Señor llamó a quienes la habían realizado –que resultaron ser un inglés, un francés, un judío y un criollo- y les concedió por anticipado una cosa –la que fuese- que pidieran. Parece ser que cuando se creó el cuento los yanquis y los rusos, que ahora se quedaron con la pelota, no jugaban entonces en primera división.)

Salvada así la omisión, proseguimos:

El inglés le pidió al Señor un imperio que alcanzase a todas las tierras del mundo, para poder gobernar sobre ellas. Inmediatamente le fue concedido.

El francés pidió un millón de las más hermosas mujeres para realizar entre ellas su “*roman de l’amour*”. Concedido también.

El judío pidió que le reuniesen mil millones de monedas de oro, que las pusieran en una fortaleza y que allí lo encerrasen con su tesoro. Inmediatamente el Señor accedió.

Y vino el criollo, arrastrando las alpargatas y turbado y tímido, revolviendo el sombrerito entre las manos.

El Señor lo vio así de modesto y le preguntó:

-¿Y tú que quieres?

-Yo Tata Dios –contestó el criollo mirando el suelo- , pa qué lo vía incomodar. Usté ha dao tantas cosas ya que, pa bien decirle, me parece un abuso...

-No- contestó el Señor-. Tienes que pedir, como los otros.

-Bueno –dijo el criollito cada vez con menos voz-. Si es obligación ¿sabe?...y si no le es molestia ¿sabe? Yo le pediría, si no lo comprometo ¿sabe? –porque si lo comprometo no hay nada dicho-...le pediría...esté...una barajita y que me dejen solo con el judío...

Firmado con el seudónimo Dopey